EPOCA IV—AÑO XX BARCELONA 29 DE NOVIEMBRE DE 1916 NÚMERO 328

Tierra y Libertad

Número suelto: 5 cts. | Redacción y administración: Calle Cadena, 39, 2.°, 1.ª

Paquete de 30 ejemplares . . . . 1'00 ptas.
Suscripción: España, un trimestre . 1'00 »
» Extranjero, » . 1'50 »

ANSELMO LORENZO

Mañana hará dos años que dejó de existir el que en vida fué infatigable defensor de la emancipación humana y que en su muerte mereció los más honrosos calificativos, hasta de los que fueron sus enemigos, por la bondad de su carácter y por la honradez acrisolada demostrada en su larga vida, sin que sus convicciones anarquistas y su serenidad sufrieran el más pequeño eclipse, ni en los momentos en que su vida corria peligro, acorralado por los sicarios de la autoridad.

No es todavía hora de recordar su inmensa obra de propaganda anarquista, pues en la memoria de todos está. Quédese esto para las sucesivas generaciones, que quedarán absortas ante la enorme labor del hombre que sólo pensó en el bienestar de la humanidad, y a quien el insigne Alomar llamó «ángel de las turbas, candorosa conciencia que atravesaba el rebaño humano llevando como un relicario donde se mostraba desnuda y simple, una divisa: la IDEA.»

La prensa burguesa, incluso la de carácter conservador, le dedicó sentidos elogios, enalteciendo su consecuencia y su honradez, ambas cosas poco comunes en los tiempos que corremos, de descarado positivismo.

Al dedicar hoy un recuerdo al compañero Anselmo Lorenzo, no significa que durante el resto del año le tengamos olvidado. El inmenso vacío que dejó en las columnas de este periódico, nos obliga a recordarle constantemente, porque ante la horrible hecatombe que ensangrienta los campos de Europa, y que como consecuencia parece que se pretende hacer, a la vez que una revisión de valores, una revisión de ideales, sus consejos tendrían para nosotros un inapreciable valor, como lo tuvieron en los primeros días de la contienda, y que sirvieron para que TIERRA Y LIBERTAD se reafirmara más en la pureza del ideal.

Porque Anselmo Lorenzo, con su clarividencia, no transigía nunca con las mixtificaciones.

Y al recordar hoy al buen compañero, al que durante medio siglo fué abnegado apóstol de la anarquía, cedemos un espacio en estas columnas, que tantas veces se vieron enaltecidas con sus artículos, y publicamos a continuación uno de los muchos escritos con que avaloró la obra más grande de los siglos: la de la emancipación de la humanidad.

PACTO Y LEY

La primera vez que los hombres sintieron la necesidad de obrar de mancomún, ya para la defensa, ya para la producción, ya para el cambio, PACTARON, y al nombrar un jefe o un director, no entendieron seguramente crear una autoridad, sino una delegación. Si el *delegado* se creyó *señor, rey, emperador*, fué debido a que el individuo tiende a abusar cuando las circunstancias le favorecen, y a que los contratantes no supieron garantir las bases del pacto.

Este principio es tan universal y tan natural, que en todas las épocas, lo mismo que en la actualidad, cuando los hombres quieren reunir para cualquier objeto la parte de actividad que les deja libre la autoridad dominante, *pactan* también.

Cuando un delegado por las libres partes pactantes, abusa del poder que se le confiere y se erige en señor de los que le encumbraron, LEGISLA, primero en su propia defensa, y después, cuando la duración del abuso del poder hace olvidar su origen y llega a alcanzar el carácter de institución permanente, con el fin de normalizar la vida del *señorío, reino* o *imperio*.

Este abuso repítese con harta frecuencia, y todos los días vemos sociedades, cuyas juntas directivas o sus presidentes, para perpetuarse en el poder o para otros fines, *legislan* también.

El PACTO representa la libertad, y también la parte que de la misma libertad abdican los individuos en bien del objeto común.

La LEY representa la voluntad de un usurpador y también la sumisión de individuos que dejaron de ser libres.

El PACTO es la libertad, la dignidad, la responsabilidad.

La LEY es la imposición, la indignidad, la servidumbre.

No necesita el pacto de sanción exterior; bástale con que las partes contribuyan equitativamente a su objeto, y perciban en justa proporción sus beneficios, y si la ley se entromete a garantirle, es para realizar una doble injusticia; la exacción de un tributo y la sumisión de una parte a un contrato leonino.

Necesita la ley una sanción exterior, porque careciendo el legislador de fundamento racional, no sería obedecido si no ostentase un título con que seducir a los sometidos. En tiempos de poder personal, dícese el autócrata legislador de derecho divino; cuando a los poderes personales suceden clases privilegiadas, invócase la representación nacional.

Derecho divino: ficción del presente para oponerse a la libertad.

Representación nacional. ficción del presente para oponerse a la libertad.

Ambas ficciones son los fundamentos de la *ley*, opuesta al *pacto*, y señalan los límites de esa falsa ciencia del gobierno que se llama *política*, que se origina en el desconocimiento de la libertad, se desarrolla y vive legislando, es decir, tiranizando, y morirá cuando renazca la libertad y su principal manifestación: el derecho del libre pacto

Concibe fácilmente la razón que la sociedad puede basarse en el libre pacto, porque éste sirve para satisfacer todas las necesidades individuales y sociales, y en su fiel cumplimiento hállanse interesados por igual los individuos y las colectividades.

No concibe la razón que la ley sirva de base a la sociedad, porque en lo que tiene de orgánico significa estacionamiento, en oposición al movimiento, ley de la vida, y en lo que tiene de moral prejuzga los actos sin poder desentrañar la verdadera responsabilidad.

Vive el pacto por el interés de las partes contratantes que disfrutan de sus ventajas, y tienen la seguridad de poder rescindirlo cuando a sus intereses no convenga.

Vive la ley por el privilegio y la fuerza pública.

El progreso en su día establecerá la fuerza de la razón sobre la razón de la fuerza.

ANSELMO LORENZO

De la humana locura

¿Qué pensaríamos del individuo que poseyendo los elementos de bienestar necesarios para vivir rodeado de comodidades, arrastrara miserable existencia, amargada por sufrimientos infinitos y por toda clase de vejaciones? Creeríamos, sencillamente, hallarnos en presencia de un caso patológico, de desequilibrio mental.

Este razonamiento es aplicable, paralelamente, a toda colectividad, si se admite que, entre la calidad de un compuesto y la de las diferentes partes que lo informan, no pueden existir diferencias esenciales.

Ahora bien; la humanidad dispone con creces de riqueza para asegurar a cada uno de sus componentes la satisfacción amplia de las necesidades físico-psíquicas; ha alcanzado tan alto grado de perfección en lo que concierne a la explotación del suelo y sus productos que, al espíritu sintético, al que le es dable abarcar de una mirada el conjunto de los hechos y sus derivaciones, le causa maravilla la forma irracional en que las sociedades de nuestros días están organizadas.

Solo atribuyéndolos a un estado mental morboso, común a la casi totalidad de los seres humanos, se explican los continuos ataques al buen sentido y a la razón que representan el régimen moral y el económico, conforme a los cuales funcionan actualmente las colectividades. En efecto, para que los individuos que las integran procedan de manera tan radicalmente opuesta a los propios intereses, preciso es que causas muy hondas les induzcan a ello.

Amoldarse a todo género de privaciones, infligirse con resignación duros tormentos y creer en la virtud moralizadora de semejantes prácticas, acusa un espíritu atávico susgestionado por íntimas supervivencias religiosas o bien que obra bajo la presión de concepciones éticas funestas a la salud de la raza.

Semejante conducta implica un notable trastorno en las facultades psíquicas de quien en ella inspira sus actos.

***

Alguien ha dicho que nada como la imbecilidad humana refleja con tanta nitidez la noción de lo infinito. Y es cierto. Si hay un mar que guarde celosamente el secreto de su mayor profundidad, no obstante las indiscreciones de la sonda, ese mar es el de la locura humana. En vano el ojo perspicaz del investigador procura penetrar el horizonte ilimitado de la necedad ambiente. Patria, Moral, Deber, Religión, conceptos metafísicos deletéreos al hombre, forman el mosáico de la demencia secular; se han cebado en su inteligencia con carácter de enfermedad endémica y constituyen otras tantas monomanías peligrosas por sus consecuencias y por la relativa facilidad con que se propagan. Rehuir sistemáticamente el libre examen de las creencias y de los hechos, arguye idiotez o mala fe, según se trate de un desheredado o de un favorecido por la fortuna; éstos forman insignificante minoría y, se concibe que, con la mira puesta en el medro personal, por encima de todo execran la verdad; pero aquellos, los parias modernos, los que se afanan bestialmente por la conquista de la piltrafa cotidiana y en cuyo número se hallan comprendidos la inmensa mayoría de los habitantes de este desdichado planeta, al mostrarse rehacios a la lógica y a la razón, de cuyo triunfo dependen la paz y el bienestar universales, se acreditan de cretinismo rayano en la demencia. Y, sin embargo, ésta y no otra es la línea de conducta generalmente adoptada.

¿Dónde encontrar el espíritu exento de ideas fijas, libre de la obsesión deprimente de abstracciones en pugna con la razón? El conglomerado social, considerado como realidad objetiva, es un conjunto de orates caracterizados por mil diversos matices, reminiscencias atávicas o huellas ancestrales, de efectos tan sólo equiparables, por lo perniciosos, a los que produce la educación burguesa, ponzoña que el Estado infiltra a las jóvenes inteligencias en el periodo de eclosión.

El individuo cuya estructura cerebral difiere del tipo ordinario por reunir condiciones de normalidad excepcionales, constata de continuo cómo a su alrededor va haciéndose el vacío, la escasa consideración que merece de sus contemporáneos hija del profundo disentimiento que de ellos le separa.

La libertad de espíritu espanta a los timoratos, a las personas *juiciosas* y *sensatas*, las cuales nunca perdonarán a quien hace de ella la regla de su vida; le tildarán de loco, de exaltado y ¡ay de el si trata de armonizar sus actos con las opiniones que sustenta! La cárcel y el patíbulo se yerguen ante el osado como argumentos supremos de una sociedad corrompida y obtusa.

***

El cerebro normal constituye un fenómeno raro en la época que atravesamos; a sus ojos la tierra ofrece el aspecto de un inmenso manicomio cuyos pobladores se hallan atacados de vesania en alguna de las diversas formas en que esta enfermedad se manifiesta. Esquiva en lo posible los peligros consiguientes a la forzosa convivencia con la caterva de orates y experimentando la necesidad de reproducirse intelectualmente, busca y se asocia a otros *fenómenos* de la misma índole, para consagrar las actividades mancomunadas al fin de iluminar la inteligencia de sus coetáneos obscurecida por milenarias aberraciones religiosas y filosóficas.

PEREZ A.

Velada Sociológica Literario Musical

Para la noche de jueves, día 30 de noviembre, en conmemoración del segundo aniversario de la muerte del inolvidable compañero

: : ANSELMO LORENZO : :

que se celebrará en el Centro Obrero de la calle Mercaders, 25

PROGRAMA

PRIMERA PARTE

1.° Un terceto, compuesto de piano, violín y violoncelo, dará comienzo al acto con un pequeño concierto.
2.° Panegírico de Anselmo Lorenzo.
3.° Artículo póstumo de Anselmo Lorenzo, *Los Conquistadores del pan.*
4.° Se leerá un trabajo original del compañero Anselmo Lorenzo, titulado *Al Ateneo Sindicalista.*
5.° Poesía del compañero Manuel Méndez, *La canción de la Anarquía.*
Intermedio por el terceto.

SEGUNDA PARTE

Lectura de trabajos y poesías de los compañeros Costa Iscar, Arranz, Usón, Badía, Ghiraldo y otros.

Finalizará la velada con el himno *Hijos del Pueblo*, ejecutado por el terceto.

DESPUÉS DE LA GUERRA, ¿QUÉ?

Leo en un periódico americano, que en la ciudad inglesa de Liverpool se celebraron durante la primera semana de agosto, unos 40 mitins, en los cuales los trabajadores dilucidaron el tema: «Después de la guerra, ¿qué?»

Realmente es un tema interesante que se presta a interpretaciones distintas, a gusto del orador de turno.

Es probable, y es justo, que los trabajadores ingleses, y quizás los de los demás países beligerantes, traten de que al terminar la guerra su situación mejore, que bien lo merecen después de los sacrificios que les han impuesto para «defender» a sus respectivas patrias, «atacando» las patrias de los demás.

No hay que negar que los trabajadores han sido unos buenos muchachos amantes de la patria, respetuosos con la tradición, que en la hora crítica han sabido dar al olvido sus ideales de solidaridad internacional, disponéndose a matar y a morir con gloria y con honor, en defensa de los sagrados intereses de sus patronos, así los políticos como los económicos.

Después de la guerra ¿qué?

Pues, despues de la guerra, es probable que sigan las cosas como antes de ella, en todo cuanto se refiera a los trabajadores. La pasividad y dulzura con que éstos soportan los inmensos sacrificios de dos años de desesperada lucha, hacen esperar que, afortunadamente, no tendremos que sufrir los apocalípticos males de una revolución social, que nos anuncian asustados ciertos espíritus timoratos.

No, los trabajadores continuarán siendo buenos muchachos, buenos patriotas, y seguirán prestando su valioso e indispensable esfuerso para el engrandecimiento del capitalismo, nervio de la patria, motor del progreso, timón de la civilización etc., etc. Porque es indudable que el capitalismo es todo eso y mucho más. La fuerza del capital es tan grande, que basta, por ejemplo, regar de monedas una isla estéril y desierta, para que como por ensalmo surja la vegetación, con campos cultivados y hermosos jardines, y se levanten maravillosas ciudades, dotadas de todas las apetecibles comodidades

Quedamos en que, despues de la guerra, todo seguirá igual.

Es decir, precisamente igual no. Habrá pequeñas alteraciones. Será mayor el número de viudas, de huérfanos y de lisiados, y habrán disminuído en algunos millones los obreros útiles. Pero no importa. Para la producción, el lugar que dejen vacío los muertos gloriosamente en el campo de batalla, lo ocuparán sus viudas e hijos, con lo cual se beneficiarán a la vez los humanitarios patronos, por aquello de que el trabajo femenino se paga menos que el masculino, aunque no desmerece ni la cantidad ni la calidad. Pero es una ley económica que hay que respetar.

Vuelva la tranquilidad a vuestro ánimo conturbado, ¡oh, vosotros los que admitís como naturales e inevitables los horrores de una guerra abominable, y os asustáis como hembras histéricas al pensar en las violencias de una revolución social!

Tranquilizaos, sosegaos. Los trabajadores son buenos muchachos. Después de dejarse matar, están dispuestos a seguir trabajando con la mansedumbre del que sabe que ha venido a la tierra a sufrir para que otros gocen.

Afortunadamente hay un cielo para los pobres de espíritu.

ADRIÁN DEL VALLE